

REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO I

TEGUCIGALPA: 1.º DE NOVIEMBRE DE 1901

NUM. 7

Alma

(Páginas póstumas
del diario de un poeta)

RECUERDO el vasto jardín poblado de rosas: los verdes naranjos constelados de flores de nieve: las gotas de rocío resbalando sobre los cálices abiertos como diamantes refulgentes: la canción de los pájaros errabundos en las claras mañanas estivales: el aroma del campo, los cielos azules, las cálidas tardes, las noches serenas, y sobre todo ¡oh Alma inolvidable! tu risa argentina, tu voz musical, y todos los raros encantos de tu cuerpo.....y todas las exquisitas excelsitudes de tu espíritu!

Quién pudiera borrar las memorias del tiempo lejano! Quién pudiera sembrar en mi corazón una flor milagrosa de olvido y de esperanza!

En los insomnios de mi duelo, en los nocturnos silencios, todo mi ser se llena de tu vida de ultratumba; y me parece verte, frágil y divina como cuando estabas á mi lado; frágil y divina, y leve como un perfume.

Vuelvo á vagar contigo por la bella floresta, en la tarde harmoniosa. Veo tus ojos esmeraldas que besaban mi alma; veo tu tenue sonrisa que iluminaba mi vida con un relámpago de pasión; y pasan por mi cerebro—lentas y musicales y llenas de un profundo misterio—tus palabras de amor, intensas como las caricias de tus manos al jugar con mis cabellos.

Vuelvo á vagar con tu sombra por los campos dormidos, como en aquella noche en que admiramos—bajo el poder de un extraño espanto—la verde cabellera de los sauces tendida angustiosamente sobre las aguas inmóviles. ¿Por qué te pareció aquello un símbolo funesto?.....Una

luna amarilla brillaba en el cielo, y su lumbré de oro rielaba sobre el estanque. Los árboles semejaban espectros y las negras rocas de la montaña voraces bocas de abismos tenebrosos. Los céspedes y las hojas secas crujían bajo nuestros pies lúgubrementé. Parecía que los vegetales que nos rodeaban estuviesen sin vida. A veces creíamos que las obscuras figuras arbóreas tomaban formas humanas, que la tierra temblaba y se hacía sonora, que la voz del viento nos llamaba y que del ámbito brumoso iba á surgir una visión de locura y de horror.

Aquel paisaje muerto fascinó tu fantasía. Fué para tí un negro cuadro, emblemático y terrible.....Después comprendí la secreta angustia que llenó tus ojos y tu corazón de frías lágrimas.

¿Por qué confundido ahora, en mis remembranzas de dolor, la cabellera de los sauces con tu cabellera castaña, cuyo perfume me embriagó tantas veces?

—Las aguas inmóviles encierran un hondo misterio—me dijiste aquella noche, y recordé los detalles del paisaje difunto.....

Amabas las músicas melancólicas y profundas, las melodías intensas que te hicieron sentir escalofríos de sagrado placer. Creeríase que los sonidos rozaban tu piel sensitiva y que penetraban en tu cuerpo por todos sus poros al mismo tiempo que adormían tu corazón. Tus ojos inolvidables se humedecían cuando bajo la ligera presión de tus dedos arrancabas del piano sollozos, quejas y gritos de dolor.

Amabas también los perfumes, los olores sutiles, que más que el cuerpo deleitaban el espíritu, á donde penetran por no sé qué misterioso conducto.

—Los perfumes tienen alma—decías, embriagada por el aroma de las violetas. Quizá yo posea el alma de un perfume. Me la figuro temblorosa y fugaz como una luz de luciérnaga. Una lucecita verde, que se enciende y se apaga en un segundo.

...Y porque eras una soñadora espiritual; porque poseías la ardiente voluptuosidad de la música y del perfume; porque eras múltiple y complicada, á veces alegre, á veces silenciosa y taciturna.....en una tarde en que al besar los ideales hoyuelos de tus mejillas te encendiste de rubor, te llamé *Alma*, nombre impecable de virtud y de gracia, nombre profundo que parecía soñado para tí.

—Cuando yo muera—me dijiste una tarde—mi cuerpo reposará bajo la tierra; pero mi espíritu vivirá contigo perennemente. Llegará á tí en un recuerdo, en un perfume, en una melodía.

Quién pudiera borrar las memorias del tiempo lejano! Quién pudiera arrancar de mi vida tu pálida hermosura ¡oh Alma mía!

Tú duermes, desde hace muchos años, bajo una alfombra de musgo y jaramago. Duermes bajo la tierra; pero en lo íntimo de mí ser estás viva como cuando en plena primavera de ilusiones, nos besamos á la sombra de los naranjos.

Entre todas tus gracias, yo adoraba tu cabellera maravillosa, que cubría tus hombros como un espléndido manto. Era opulenta, ondulada, de una suavidad imponderable. Un día escondí mi rostro en aquella acariciante cascada de seda, que en mis remembranzas de dolor confundo ahora con la cabellera de los sauces.

En esta fría tarde he venido á la triste necrópolis, á recordar nuestros amores antiguos. He cerrado los ojos y he soñado con nuestra adolecencia, llena de alegres risas, de canciones y de aromas. al mirar de nuevo á mi alrededor, los relámpagos de rosa del pasado se transforman en húmedas nieblas y en sombras

funerarias; y siento sobre mi corazón la frialdad de tus manos exangues, que en la hora suprema de mi infortunio miré cruzadas sobre tu pecho, como dos flores de alabastro!

La noche inclemente descendiendo sobre el campo sagrado: ella cayó sobre mi espíritu el día de tu partida. ¿Cuándo brillará para él una luz de consuelo?

El viento llora en los ramajes de los cipreses, que yerguen sus negras columnas como callados centinelas del misterio. Las campanas doblan lúgubramente, y sus ecos de agonía se extinguen sollozando en el espacio.

No te digo adiós al alejarme de tu sepulcro; porque si tu cuerpo reposa bajo la tierra, envuelto en su noche de calma y de olvido, vive en mí con una vida intensa, visionario y triste, tu espíritu armonioso.

En verdad, tú poseías el alma de un perfume.

FROILÁN TURCIOS

Mozo de aldea

ADUCCION DE GUILLERMO VALENCIA)

El tímido mozo de aldea,
cuando muere el día
se dirige al menudo
libretrero en la fiesta

El mozo como el lamento
que desde su sepulcro lanzan
los antepasados que, en muerte,
á Dios ofrecieron el alma:

El otro, su virtud oculta
roba á la fúnebre tonada
que murmurando á las ruinas
un suplicio de empujones

ó dice el mud congojas
de las doucellas desgraciadas
que salen á vagar de noche
o cuando pujan

Y es como el grito de la ira
(á la vez pecado y venganza)
el último son que reptan
el mud mudo en la fiesta

En esa simple cantinela
hay un acento que amenaza
con el viejo puffal mohoso
de burda y azulosa vaina,

y con el dolor transmitido
á las tribus desheredadas,
bajo el signo de astro funesto
que dió su luz á muchas casas.

STEFAN GEORGE

Edgardo Poe

EL BAILH

ULTIMA CREACION DEL CELEBRE POETA

Nos cuenta un capitán de marina mercante americana, gran amigo de Edgardo Poe, que la noche antes de morir éste, reunióse con él en la taberna "Shoi Tower" de Baltimore, refugio predilecto del gran poeta. Era la primera vez que se veían después de la muerte de Virginia Clemm, mujer y prima de Edgardo.

El capitán notó por el aspecto de su amigo con éste, además de sufrir mucho, se hallaba muy enfermo. En efecto, ya había tenido por entonces dos accesos de *delirium tremens*, ocasionados por el alcoholismo.

La hermosa y altanera cabeza del poeta, de ancha frente despejada, nariz de líneas correctas y boca fina y triste, mostraba una palidez enfermiza. Sus grandes ojos violetas parecían á la vez más tenebrosos y más luminosos que nunca: tal era su doble y fascinador aspecto.

Sentáronse los dos amigos á una mesa colocada en el hueco de una ventana, y Edgardo Poe se quejó al capitán de que lo tuvieran por demente, cuando tan sólo se hallaba aquejado de una neurosis.

En aquel momento cruzaba la calle una dama de aspecto enfermizo, apoyada en el brazo de un señor.

El novelista, presa de un temblor religioso, dijo, tendiendo su mano delicada y fría:

—“Yo sé por qué esa mujer se halla en punto de muerte, y voy á referirte lo que los médicos no han adivinado ni podrán adivinar nunca.”

Y con una seriedad que no daba lugar á dudas comenzó el relato siguiente:

—“Invitado una vez á un baile de carnaval dado en Baltimore, fui el primer convidado que llegó á la casa.

La gran puerta estaba abierta de par en par, proyectando sobre la calle obscura una viva claridad, como la lente luminosa de una linterna mágica. Sobre aquel fondo encendido resaltaban los carruajes que á cada instante se detenían, dejando á los invitados, que bajaban, se agitaban un momento é iban en seguida á perderse en la linterna.....En el vestíbulo se agrupaban los lacayos y se veían los muros guarnecidos con los paletós de los hombres y con los abrigos de las señoras.

Al contemplar aquella escena asistía yo á un espectáculo terrible. Cada uno de los concurrentes al baile dejaba colgada en la percha su envoltura humana; vestido de etiqueta, salía convertido en esqueleto completamente montado.

Quedaban en las perchas todos aquellos cuerpos sin osamentas, semejantes al personal de un teatro de títeres, los unos rígidos retenidos por el cuello, los otros doblados por la mitad en las posturas más raras.

En seguida cada pareja, dos esqueletos, uno más grande y otro más chico, franqueaban la puerta del salón, y dándose el brazo iban á saludar á los dueños de la casa, únicos personajes de carne y hueso allí presentes.

Lo más extraño era que ni éstos ni aquellos parecían notar la metamorfosis, agrupándose los esqueletos, conversando y paseándose sin extrañeza ni confusión.

Una pareja retardada llegó en esto al vestíbulo. Era un voluminoso personaje de imponentes bigotes y una mujercita de ojos lánguidos, que llevaba una camelia. Poco después los dos personajes hacían su entrada como todos los demás, pero sobre el cráneo de la dama había quedado fijada la camelia como por la opresión de un beso. Nada más lúgubramente bello que aquella viva flor roja sobre una blanca cabeza macabra.

Quedé como clavado en el umbral del salón, aterrado y sin saber si había perdido á mi vez mi pálido cuerpo.

Saqué entonces mi reloj y observé que podía contar razonadamente sus golpecitos.

En el salón se bailaba con horripilantes arrebatos de alegría, formándose y deshaciéndose las cuadrillas, al compás de música oculta por cortinajes, ó girando las parejas valsadoras en vertiginosas espirales. Saltaban los esqueletos con elegantes agilidades de tibias, balanceando con desenvoltura los huesos de sus caderas, reclinándose con voluptuosos inflamamientos de tórax y saludando con extraordinarias inclinaciones de cabeza. No se oía en medio de aquella agitación y mezcolanza ni el crujido de la seda, ni el roce de las alhajas, sino un choque seco y continuado, semejante al rasgamiento de las ramas secas en el fuego de una hornilla.

Mientras tanto, permanecía yo inmóvil; pero mis miradas seguían con insistencia la camelia roja, graciosa y petulante, que me encantaba, haciéndome sentir esa primera efervescencia del amor que me recordaba á mi querida Virginia Clemm.

Terminado el baile apresurábanse los concurrentes en el vestíbulo para acercarse á la percha. Les ví endosar sin dolor ni dificultad su envoltura de vivos: los hombres con sus paletós, las mujeres con sus abrigos de pieles. En seguida salían tranquilamente, después de cambiar los cumplidos de costumbre.

La pareja que había sido la última en llegar fué la última en salir. De pronto el precioso y esbelto esqueleto de la camelia roja lanzó una exclamación:

—Ah! dijo—se han llevado mi abrigo de raso blanco y me han dejado este otro amarillo.—Y riéndose cubrióse con él.

Al instante ví aparecer pliegues sobre su rostro, sobre sus hombros y sus brazos desnudos. La infeliz habíase revestido con el abrigo ajeno, la encarnación de otro cuerpo que no se ajustaba á su armazón anatómica, sobre la cual puede decirse que quedaba ondulando. Espantado de aquello salté disparado del palacio del baile.

Pues bien, acabo de reconocer á la mujer de la camelia roja en esa que pasó hace poco arrastrándose casi.

Los médicos se empeñan en vano, con toda su ciencia, por descubrir lo que llaman una enfermedad extraordinaria. ¡Tontos!.....”

Al día siguiente el capitán partió de Baltimore, y poco después supo en el Havre, por los periódicos, el triste fin de Edgardo Pöe. Este, al salir á deshora de la taberna, había caído completamente alcoholizado. Al amanecer, los transeuntes hallaron un cuerpo exánime en una extrañada callejuela. Al principio nadie reconoció á aquel moribundo que apenas respiraba, y fué llevado al hospital, donde exhaló el último suspiro. Era Edgardo Pöe, muerto cuando apenas contaba 37 años.

Pigmeión

En líbico marfil tallas tu sueño de amor, la ninfa que tu ser exalta, y entre labios de olímpico diseño flores de perla tu buril esmalta.

Sufres; el bloque de mirar risaefeo donde la fiebre de la vida falta yace inmóvil: la sangre de tu dueño bajo las curvas gélidas no salta.

Atiende el cielo tu clamor. “Resurge,” Apolo clama: la beldad esquiva tórñase carne y á la vida surge;

La besas bajo el ático plafondo, y entre la red de su pestaña viva hallas lo Azul sin límites ni fondo.

GUILERMO VALENCIA

Carmen de Gómez

Se fué también al país desconocido. Ya no oiremos más su palabra fresca y vibrante, su risa sonora, que era, para las almas tristes, como un presagio de ventura, como un recuerdo de los bellos días. Fué una de aquellas mujeres amables y encantadoras que dejan en la sociedad y en su hogar un recuerdo inmortal. Como Victoria de Alvarado, como Lola de Toledo y otras privilegiadas que se van jóvenes, amadas y dichosas, ella no ha muerto, no morirá jamás en el corazón de cuantos la trataron.

Dicen que lloró mucho el último día de su vida. Como siempre la ví alegre, no me la imagino así, no sé cómo sería ella

triste, llorando como las demás. No: así no me la imagino, no quiero imaginármela. En aquel espíritu riente y juvenil no podía, no debía esconderse el dolor. Ella nació para ser feliz, para amar y ser amada, para gozar de todos los placeres—sanos y legítimos—que ofrece la vida.

No era hermosa, ni instruida, y sin embargo agradaba á cuantos la conocían, y se hacía querer de cuantos la trataban. Inteligente y seductora, sabía conquistar los corazones. Morena, alta, de formas espléndidas, con pequeñísimas manos y pie de niña, su figura era de aquellas que se graban para siempre en la memoria, que al evocarlas, aun después de largos años de ausencia, surgen completas, palpitantes, llenas de vida y de pasión.

Su marido no la olvidará nunca; sus hijos—seis pobres niños que aun no saben apreciar ni sentir lo que han perdido—la llorarán eternamente, y eternamente la echarán de menos. Sus numerosos amigos lamentarán su muerte.

Octubre de 1901.

LEONOR

1901

ALBERTO UCLES

El día de los difuntos

En Noviembre el cierzo brama.
En él, las selvas desiertas
Muestran los troncos sin rama....

CAMPREDÓN

ME gusta el mes de Noviembre, el mes de las hojas muertas. En él hay un día que la Iglesia consagra á la conmemoración de los difuntos. Como una santa madre, que á todos sus hijos ama, ella ora por todos. Ese día viste de luto; y al doblar de las campanas, y al sollozar del órgano, y á la luz trémula, echa á volar sobre nubes de incienso la oración cándida. Día en que, á la puerta del cementerio, aparece el ángel de la vida en los brazos del ángel de la muerte, y en que el césped se cubre de flores de nieve como de lágrimas de plata, van los mortales á depositar coronas de ciprés en la tumba de los que aman, de los que duermen el sueño eterno sobre la almohada de lo desconocido. Allí, bajo una cruz de madera ó de

mármol, están confundidos la cabeza que organizó un Estado y el corazón que soñó un mundo, la mano que empuñó la espada y la que pulsó la lira. Duermen; y no despertarán hasta el día inmortal de la resurrección mística. En su larga y helada noche, esas cabezas piensan y esos corazones esperan; piensan en la fragilidad de nuestra memoria y de nuestra gloria; piensan que tras la tumba que se cierra se abre la eternidad, y que sólo á la puerta del infierno no hay esperanza. El polvo tereno se ha convertido en flores y mariposas; pero las almas muertas se han convertido en polvo de oro, en el polvo de luz de la aurora. Descansen en paz el bardo que cantó el amor, el soldado que defendió la patria, la virgen pálida que se consagró á su fe; descansen el labrador que cultivó la tierra y el artista que labró el cielo. En el seno humano del Cristo, en el seno divino del Padre universal, todos, todos tienen la misma gloria fúlgida.

Nocturno

Una noche,
Una noche llena de murmullos, de perfumes y
(de música de alas;
Una noche
En que ardan en la sombra nupcial y húmeda
(las luciérnagas fantásticas,

A mi lado, lentamente,
Contra mi ceñida, toda muda y pálida,
Como si un presentimiento de amarguras in-
(finitas
H ta l más secreto fondo de las fibras te
(agitara,
Por la senda florecida que atraviesa la llanura
Caminabas.
Y la luna llena,
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos,
(esparcía su luz blanca;

u m ra
Fina y lánguida,
Y mi sombra,
Por los rayos de la luna proyectadas,
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban.
Y eran una.
Y eran una
Y eran una sola sombra larga;
a sola sombra larga;
Y eran una sola sombra larga.

Esta noche, solo, el alma
Llena de las infinitas amarguras y agonías de
(tu muerte,
Separado de tí misma por el tiempo, por la tumb-
(ba y la distancia,

Por el infinito negro
Dónde nuestra voz no alcanza,
Mudo y solo,
Por la senda caminaba.
Y se oían los ladridos de los perros á la luna,
A la luna pálida;
Y el chillido de las anas
Sentí frío; era el frío que tenían en tu alcoba
Tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
Entre la blancura nívea
De las mortuorias sábanas.
Era el frío de la muerte; era el hielo del sepulcro;
Era el frío de la nada.

Y mi sombra,
Por los y la luna pro tad
Iba ol,
Iba sola por la senda solitaria;
Y tu sombra, esbelta y ágil,
Fina y lánguida,
Como en n he alegre de las muertas pri-
mav

Como en esa noche llena de murmullos, de
(perfumes y de música de al
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella,
Se acercó y marchó con ella: ¡Oh, las sombras

¡Oh, las sombras de los cuerpos que se juntan
(con las sombras de las almas!
¡Oh, las sombras que se buscan en las noches
(de tristezas y de lágrimas!

JOSE ASCENCIÓN SILVA

Pensamientos negros

SARITA SOT

Hoy cumple un año la terrible desgracia, en que el golpe de la muerte vino á marchitarla!

Cuando por el telégrafo me lo avisó un amigo, sentí uno de los más grandes dolores que han lastimado lo más hondo y delicado de mi corazón. Hacía tres días que nos habíamos despedido, tres días apenas en que su conciencia inmaculada y su belleza la hacían completamente feliz; y sin embargo era cierto: su propia mano acababa de romper sus sienes, y su sangre derramada á torrentes se llevó en el rojo río su existencia!

No he podido nunca explicarme la dualidad del hombre, cuando dicen que tie-

ne en sí mismo los reinos del corazón y de la cabeza; pero es indudable que la seria analítica filosofía es vana, cuando la muerte se interpone entre nuestros afectos y los rompe.

Tuvo Sarita muchos motivos para que yo la estimara profundamente: su belleza, su talento, sus cultas maneras y su noble corazón; pero sobre todo porque había sufrido mucho, porque la calumnia quiso herirla brutalmente y supo defenderse con sus cristalinas lágrimas y su dignidad inalterable.

Era una de esas jóvenes que nos recuerdan la hermosura, la pureza y la altivez de las antiguas vírgenes galas, consagradas á Heso en la isla de Sen.

¿Por qué murió? ¿Por qué se arrebató la vida por sus propias manos?.....

Nadie lo sabe todavía; ¿fue un momento de extravío, un golpe de orgullo herido, un desequilibrio fisiológico momentáneo? No se sabe!

Yo salí al siguiente día para su ciudad natal, y cuando mis amigos fueron á encontrarme, la madre tierra guardaba en su cariñoso seno aquella criatura excepcional!

*

Una semana más tarde fui al cementerio, á colocar sobre aquel recién movido suelo una corona de ciprés, prometiéndome escribir algo sobre el viaje largó de aquella amiga ausente.....Hoy cumplo esa promesa sagrada, dedicándole en el primer aniversario de su eterna partida esta corona de pensamientos negros.

4 de septiembre.

FERNANDO SOMOZA VIVAS

El viento

Como una—gran yegua negra que aparece por el fondo—vionario del crepúsculo, y el cuello ornado de inmensas—crines, extiende empapándolo en los

largos flujos rojos—del Poniente; como una—yegua negra en cuya grupa sienta su triste abandono,—una inmensa mujer blanca, que es la Luna,—una inmensa mujer blanca de cabellos luminosos;—la noche viene, turbada de pensamientos solemnes —y de gemidos heroicos,—que van quedando prendidos en las ramas de los sauces como agonizantes pájaros—de oro.

Es el viento eso que gime—en el alma de la noche como un gigantesco soplo,—es el viento—que monologa á lo largo de los profundos insomnios,—las palabras de una lengua formidable,—quebrantada de sollozos;—el viento,—que adherido cruza á veces á los flancos de los potros,—que empujando cruza á veces los sonantes carros de armas,—que las tormentas arrastran con graudes trotes de bronce por el fondo—de las noches; las tormentas que parecen un incendio—de montañas bajo enormes estandartes luminosos.—Trae el viento los gemidos de las tumbas olvidadas,—que eternizan el reposo—de los largos esqueletos, cuyas ánimas terribles,—duermen debajo las lenguas cadavéricas, en hondo—cautiverio de silencio, como larvas tenebrosas.—Trae el viento los gemidos de las hojas del Otoño,—de la gran caída de hojas—que desnuda el fuerte cuerpo de los troncos,—hojas tristes que humedece la tristeza de los largos trajes viejos.—Trae el viento el misterioso—gemido de las angustias—que desgarran las entrañas de los lobos.—Trae el viento los gemidos—con que dan los moribundos sus almas á los grandiosos—brazos de la Muerte, largos como la esperanza, largos —como —una vigilia astronómica, como el brillo de la estrella—que tienen fija los ciegos en el limbo de sus ojos.—Trae el viento los gemidos—de las víctimas que mueren sin socorro,—bajo la aflicción estéril de los compasivos cielos,—bajo las heridas, mustias como ajados heliotropos,—(para qué dejaron irse toda su sangre!) rugiendo—con sus tristes vientres rotos.—Trae el viento—los gemidos de los tétricos suicidas, cuyos heroicos—cuerpos danzan á la sombra de los álamos, la Danza—de la cuerda, bajo el viento de sus lóbregos—cabellos que los follajes apaciguan con extraños—so-

plos.—Trae el viento los aullidos de los perros,—los aullidos infinitamente hondos,—con que hablan á las visiones que en los pliegues de la niebla—semivelan el misterio de sus rostros,—las visiones de estatura larga y frágil,—cual suspiros caminantes bajo lúgubres paraguas hiperbólicos.—Trae el viento los gemidos de las pálidas ciudades—desoladas por la Peste, con sus templos silenciosos —y sus calles donde miran largamente á las estrellas,—los muertos desamparados, con sus pupilas cuajadas y sus rostros—que la luna galvaniza desde el cielo,—llorando sobre las lágrimas apagadas de los ojos,—sobre el canto de los gallos, en la noche luminosa—como un templo cuya bóveda ha entreabierto un terremoto.

Así pasa el ancho viento,—así pasa por el fondo—de la noche,—sosteniendo las tinieblas gigantescas en sus hombros;—así pasa,—con su traje de gemidos lamentablemente roto,—desatando inverosímiles cabellos—á la sombra de los árboles sonoros,—el viento:—que es el enorme sollozo—que la tierra perpetúa sobre el arpa de los bosques,—largo y hondo,—largo—y hondo,—sobre el arpa de los bosques entre cuyas largas cuerdas, va arrastrándose el sollozo,—largo, largo, sobre el arpa;—largo, largo, entre las cuerdas; largo, largo—y hondo.....

LEOPOLDO LUGONES

Quáime eterno

Levántanse luctuosas espirales
de dolores muy hondos, e inciertos
parajes solitarios de los muertos,
donde lloran las tardes invernales,
y los últimos rayos autumnales
decoran los sepulcros entreabiertos;
mientras la noche—con sus brazos yertos—
derrama por el cielo sus fanales;
es la hora que en los tristes cementerios
se reúnen las legiones de misterios,
y que—al reflejo de los áureos puntos
dormidos en la bóveda del cielo—
llorando los espíritus del Duelo
entonan la canción de los difuntos.

JULIÁN LÓPEZ PINEDA

El poeta pregunta por Stella

Lirio divino, lirio de las Anunciaciones;
lirio, florido príncipe,
hermano perfumado de las estrellas castas,
joya de los abries.

A tí las blancas Dianas de los parques ducales,
los cuellos de los cisnes,
las místicas estrofas de cánticos celestes
y en el sagrado empleo la mano de las vírgenes.

Lirio, boca de nieve donde sus dulces labios
la primavera imprime,
en tus venas no corre la sangre de las rosas pe-
cadoras
Sino el ícaro excelso de las flores insignes.

Lirio real y lírico
que naces con la albura de las hostias sublimes
de las cándidas perlas
y del lino sin mácula de los sobrepellices,
¿has visto acaso el vuelo del alma de mi Stella,
la hermana de Ligeia, por quien mi canto á
(reces es tan triste?

RUBÉN DARÍO.

NOTA DEL 2 DE NOVIEMBRE

NADA tan profundo como la muerte. El pensamiento humano se detiene ante el hondo misterio, mudo ante su sombra impenetrable.

Esfinge enigmática que no dirá su secreto, perturba los espíritus bajo diferentes formas, y toma, ante el frío análisis de la razón, apariencias diversas; pero siempre grandiosa y terrible cruzará por la vida como un espectro inevitable, con su hoz segadora de corazones; y pasará por la fantasía, mostrando bajo las lívidas lumbres lunares su blanca osamenta, envuelta en largos jirones de tinieblas.

Ella pasará por un país de lágrimas, de sangre y de silencio.

¿A dónde vamos? ¿qué somos? ¿qué hallaremos más allá de las puertas del sepulcro?... Preguntas eternas que vemos trazadas con signos de luz sobre la noche de las dudas, sin que hasta hoy el cerebro del hombre haya encontrado para ellas una solución definitiva!

“¿A dónde van los muertos, nuestros muertos, esos que hemos amado y que nos han amado?”

Ellos yacen en su mansión de olvido, muy lejos de nosotros, como en una tierra de sueño y de sombras hacia la cual caminamos, pero que siempre juzgamos distante.

Ellos vivían intensamente nuestra misma vida, por sus venas circulaba nuestra sangre, sus dolores y los nuestros eran comunes lo mismo que los placeres. Vivíamos compenetrados en ideas y sentimientos, y ahora apenas recordamos las líneas de sus rostros; y á medida que el tiempo pasa, van perdiéndose en una bruma profunda, en la que al fin desaparecen, triste, lamentablemente.....

¿Cómo era su risa y cómo el sonido de su voz?.....¿De qué color eran sus ojos y sus cabellos?..... Ya no lo sabemos....

Ningún sentimiento resiste al poder de la Muerte. Ella es la consoladora suprema, pródiga de bálsamos de olvido. No hay mal de amor que ella no cure. No hay pasión que no se apague bajo la cruel caricia de sus labios glaciales.

Cada día que pasa recordamos menos á nuestros muertos, á nuestros pobres muertos que nos amaron y que en el fondo del sepulcro quizá sueñan con nosotros.

Cuando alguien dice sus nombres en nuestra presencia, dedicamos á su memoria algunas reminiscencias banales, hacemos alarde de inolvidables afectos; pero ¡ay! que nosotros sabemos cuán olvidados se hallan, cuán tristemente muertos en el fondo de nuestras almas!

Así también seremos mañana recordados, fríamente, sin una lágrima.

Hoy atravesamos el mundo vibrantes de pasiones, llenos de fe, impregnados de un perfume de amor y de ensueño, Creemos á veces que las personas que nos aman morirían de pena si nosotros muriéramos; que después de nuestra partida no podrían reír, ni amar, ni tener esperanza alguna sobre la tierra. Dulce error que nos ilusiona!

Todo lo cubre el tiempo con su negro velo de olvido.

En el triste corazón humano ni el Amor ni el Dolor perduran.